



REFLEXIONEMOS PARA EDUCAR MEJOR

**Josep M. Andrés y Roser Gallart
Carles Ariza y Margarita Montobbio
Iñaki Echevarria y Cristina Manresa
Joaquim Fernández y Rosa Monreal
Josep M. Lozano y Pilar París (coordinadora del grupo)
Albert Terradellas y Elena Ricart
Josep M. Rambla, sj.**

ÍNDICE

Presentación

1. Cómo educamos el consumo
2. Los padres y los celos de los hijos
3. Cómo educamos la fe de nuestros hijos

Un grupo de padres preocupados por la educación de sus hijos empezó a reunirse. De la puesta en común de sus experiencias, sus preocupaciones y sus dificultades a la hora de plantear su educación se han elaborado estas “Reflexiones”.

Esta colección, **“Reflexionemos para educar mejor”** pretende facilitar a los padres elementos que favorezcan y dinamicen el diálogo entre ellos y con otros padres sobre cuestiones educativas de manera que pueda ayudarles en el camino de crecimiento de sus hijos.

PRESENTACIÓN

Las líneas que encabezan esta publicación muestran con toda claridad su origen y su finalidad: una experiencia vivida de educación de los hijos, una reflexión sobre esta experiencia y el ofrecimiento de un servicio a personas que puedan hallarse en situaciones parecidas a las de las parejas que han realizado este trabajo.

Uno podría preguntarse el *por qué* de esta serie que ahora empieza dentro de la colección AYUDAR de EIDES. Responder a esta cuestión iluminará más la identidad de esta Escuela Ignaciana y, al mismo tiempo, enmarcará mejor la naturaleza de este triple estudio que ahora presentamos.

Al fundar EIDES, declaramos que no queríamos limitarnos al estudio de los escritos de San Ignacio, sino que pretendíamos estudiar y exponer el legado ignaciano como medio para profundizar en la espiritualidad, entendida como una vida cristiana consciente y profunda. De acuerdo con este propósito, por un lado contribuimos al estudio de los textos ignacianos a través de seminarios y cursos. Por otro, también mediante cursos y seminarios, potenciamos el conocimiento de la espiritualidad cristiana inspirándonos en el carisma ignaciano. Porque el carisma que refleja la obra de Ignacio es una excelente pedagogía para una vida cristiana consciente, creativa y profunda en medio de la sociedad. De ahí, una serie de temas muy propios de la espiritualidad ignaciana: la experiencia de Dios en la vida ordinaria, discernimiento espiritual, vida laica, mística de las realidades terrenales, pedagogía de la elección de vida, etc. Muchos de los estudios o cursos de EIDES acaban convirtiéndose en publicaciones como estos cuadernos AYUDAR.

Los materiales, cuya publicación iniciamos ahora, pertenecen a esta *espiritualidad y tradición ignacianas*. El tema de los trabajos es una de las realidades más centrales del mensaje ignaciano: la formación de la persona, la educación humana iluminada por Cristo. Además, la metodología que ha motivado estos trabajos guarda un profundo parecido con la pedagogía ignaciana, expresada en los *Ejercicios Espirituales* y confirmada por el modo de hacer de Ignacio y de la tradición ignaciana posterior: *experiencia-reflexión-acción*.

En efecto, las parejas que se han reunido para preparar estas páginas han partido de su experiencia familiar de educación de los hijos, que ha sido su materia de reflexión personal y compartida. Finalmente, han pensado, como en otras circunstancias similares de EIDES, en comunicar a otras personas esta práctica espontánea, pero elaborada por la reflexión y el diálogo. Así pues, es nuestro deseo que estos *papeles* ayuden a otros a vivir experiencias, inéditas, por supuesto, de educación de los hijos. Ojalá el proceso de experiencias se alargase como una cadena que, a través de nuevas elaboraciones, dieran continuidad al servicio en un campo como la educación de los hijos, en el cual, todo esfuerzo y creatividad siempre se quedan cortos.

EIDES agradece, pues, la dedicación generosa e ilusionada de las parejas que han hecho posible esta publicación. Nos complace reconocer de manera especial la labor paciente y eficaz de Pilar París, que ha asumido la coordinación del grupo y del trabajo realizado.

EIDES
(ESCOLA IGNASIANA D 'ESPIRITUALITAT)

1. COMO EDUCAMOS EL CONSUMO

1. SITUACIONES DE VIDA

Inicialmente, proponemos recordar algunos hechos de la vida diaria:

... la fuerza de las marcas comerciales (el diseño, el color, la asociación al hecho televisivo...);

... los productos de alimentación fáciles “pensados” para los niños, al margen de los problemas nutritivos (dulces y golosinas, productos de pastelería, cereales...);

... el calzado deportivo (que sea de marca, como el que llevan los demás...);

... el dinero para gastar (en excursiones, salidas, o, sencillamente, en el día a día...);

... los juguetes y los juegos “de la televisión” (de cara a regalos, para Reyes...);

... el consumo del tiempo, las nuevas tecnologías y el “quemar” etapas (el ordenador y los videojuegos, la “moto”, la “discoteca”...).

2. DE QUÉ HABLAMOS

Parece importante distinguir entre *consumo* y *consumismo*.

El consumo

Es una actividad que proporciona una relación con infinidad de objetos. Supone un elemento de participación en el intercambio social y conlleva un grado de decisión por parte del individuo respecto de la adquisición de dichos objetos y del modo de hacerlo.

El consumismo

Se entiende como el fenómeno generado por la actividad de consumir. Todo el mundo reconoce que el consumo, básicamente a través de la publicidad, tiene una gran fuerza absorbente y arrastra a las personas a una sucesión de actos encadenados, especialmente por lo que se refiere a la creación de nuevas necesidades: se da una cierta “carrera” de consumo. Cuando hablamos de una sociedad consumista, nos referimos a aquella en la que existe un auténtico mercado generador de nuevas necesidades y, por lo tanto, de nuevos objetos o productos de consumo. Hace alusión, además, a dimensiones fundamentales de la vida humana: la satisfacción de necesidades, la expresión de deseos.

Es posible hablar de perversidad en el consumo cuando existe una manipulación de los consumidores y, por lo tanto, la intencionalidad de interferir en la libertad de los compradores por parte de los que generan los productos. Es uno de los riesgos del mercado de libre competencia.

3. CÓMO AFECTA LA CUESTIÓN A LOS PADRES

Es necesario un enfoque positivo y crítico

Aprender a consumir bien, manteniendo criterios propios ... consumir bien

La visión negativa del consumo está bastante generalizada. Faltan experiencias positivas

del hecho de “consumir”; en este aspecto, la dimensión educativa de la familia es muy importante.

Se puede hablar de una relación positiva con los objetos, de un auténtico placer de consumir, en tanto que seamos capaces de disfrutar de las cualidades de las cosas, de la satisfacción de estrenarlas, utilizarlas y aprovecharlas. Son auténticos valores positivos para un consumo creativo en la vida diaria.

... mantener los criterios propios

Ante un mercado agresivo que genera corrientes de opinión vacías de crítica, conviene dar recursos para generar personas con capacidad crítica. Más que crear un estilo “contracorriente” de las tendencias consumistas de nuestro entorno social, parece mejor hablar de situarnos en la corriente, manteniendo nuestra personalidad y utilizando nuestra capacidad de discernir.

La diferencia entre lo ordinario y lo extraordinario

Hay un consumo ordinario y un consumo extraordinario, unas necesidades más básicas y otras más superfluas.

... no todo es posible

Habría que interrogarse sobre si he de hacer todo lo que puedo hacer. La carrera del consumo tiende a presentarlo todo como potencialmente posible. Se invita al consumidor a aspirar siempre a más. Existe una cierta idea entre nuestros niños y adolescentes de que es posible hacerlo todo y, por lo tanto, también todo se puede comprar, todo se puede consumir. No obstante, hay que discernir continuamente y aprender dónde están los límites.

... no todo es igual

Un aspecto negativo del fenómeno socializador de los medios de comunicación es la uniformidad en lo que se refiere a los productos de consumo: todo parece tener el mismo valor (coches, viviendas, perfumes, productos de alimentación, juguetes...). Habría que recuperar, en cuanto al consumo, la dimensión de lo extraordinario. Existen diferencias entre los objetos, existen diferentes valores en las cosas y hay que reivindicarlo.

... no todo es igualmente necesario

Con demasiada frecuencia se presenta en nuestro entorno un estereotipo de conducta paterna: “que al niño (a mi hijo) no le falte nada”. Aunque se trate de un tópico, valdría la pena preguntarse si lo que expresa es aceptable y por qué. Si pensamos que no les ha de faltar nada ¿qué significa esto en la práctica? Porque no todo es realmente necesario.

La denuncia de las situaciones en las que el consumo cuestiona otros valores

Con harta frecuencia, determinadas actitudes de consumo limitan valores como la creatividad, la personalización, la autenticidad o el esfuerzo. A veces, obstaculizan el desarrollo y la conservación de capacidades como la imaginación, la comunicación, la protección del medio ambiente, la salud y la alimentación o el hecho de cuidar el cuerpo.

... la creatividad y la personalización

Ejemplo de ello son las fiestas prefabricadas que últimamente se han puesto de moda en nuestro contexto. Anulan la creatividad, se ofrece a los niños un espacio propio sin las normas habituales de convivencia, todo está previamente dispuesto por un protocolo de funcionamiento. Ni el adulto, ni el niño que invita a los demás han de hacer esfuerzo creativo ni comunicativo frente a sus invitados; se limitan a contratar unos servicios.

... la autenticidad y el esfuerzo

Cuesta aceptar y apreciar aquello que oculta el valor alternativo: el bocadillo hecho en casa por uno mismo en lugar del prefabricado o envasado, al estricto servicio de la comodidad.

... el freno al desarrollo de otras capacidades

Un ejemplo: el consumo televisivo o el consumo de las nuevas tecnologías, centrado en el bombardeo de imágenes (video-cónsolas), con unos “valores” añadidos (como la violencia de determinados dibujos animados televisivos que normalizan actitudes y reacciones emocionales asociadas a personajes atractivos para los niños, introducidas a través de la repetición de imágenes). En este aspecto, hay que reconocer como temas colaterales al del consumo la utilización del dinero, de la televisión, la distribución del tiempo libre...

... la salud y la correcta alimentación

En la actualidad, se promueve un determinado tipo de cuerpo ideal que lleva, especialmente a adolescentes y jóvenes, a conductas radicales como la adopción de dietas de adelgazamiento para parecerse al modelo, con todo lo que esto conlleva (el peligro, entre otros, de la anorexia y de la bulimia).

Otra cuestión, en relación con el consumo alimentario es la penetración de hábitos cómodos procedentes de otras culturas, como las comidas rápidas, que suponen la trasgresión de las dietas autóctonas, mucho más saludables.

... la protección del medio ambiente

A pesar de que existe un paradójico crecimiento de sensibilidad respecto de los valores ecológicos, la dinámica consumista comporta a menudo una importante reducción de los recursos energéticos y ambientales de cara a futuras generaciones. Por ejemplo, el derroche de agua (en la ducha, al lavarse) o de energía (luces encendidas en toda la casa).

... el sentido del dolor

En ocasiones, en el consumo de medicamentos aparece un nuevo elemento como la búsqueda de un producto mágico que suprima el dolor y la realidad de la enfermedad.

Las primeras actitudes frente al consumo se viven en la familia

Por este motivo, cada vez es más importante un testimonio positivo desde la familia y una educación que ofrezca recursos críticos, enseñando a discernir en la compra y valoración de

los objetos.

... la actitud de los padres ante el consumo propio

Se consume en función de un modelo implícito de gastos que se tiene. En este sentido, es importantísima la actitud de los padres en lo que se refiere a su propio consumo: qué se hace en casa, cómo se gasta, cómo se compra...

... ofrecer criterios como recurso

Una buena educación del consumo ha de ofrecer recursos para hacer frente a los estímulos que incitan a consumir sin criterio.

Podría ser positivo, por ejemplo, hablar con los niños sobre la publicidad de productos dirigidos a ellos, una vez tienen dicho producto.

4. POSIBLES RESPUESTAS DE LOS PADRES

Conformar una línea de actuación frente al consumo

... que respete el valor de los objetos

La cuestión del contenido de la compra es importante: el valor implícito en aquello que consumimos. Una vez más, no todo tiene el mismo valor, no en términos de coste, sino de importancia, de conveniencia, de utilidad... Muchas veces, la adquisición de un objeto supone desprenderse de otro. Si todavía puede ser útil a alguien, darlo en lugar de tirarlo puede ser muy educativo para los pequeños de la casa.

... con un criterio de necesidad

Tendría que haber en toda compra un criterio de necesidad y de uso. Hay que diferenciar entre lo que es *necesario* (para todo el mundo), lo que es *conveniente* (según el trabajo, el oficio, los estudios, las aficiones de cada uno...) y lo que es *superfluo*. Compramos lo que es necesario, si bien hay que aceptar la subjetividad de lo que realmente “es necesario o no lo es”.

En cualquier caso, hay que favorecer una actitud crítica en la consideración de cada necesidad. Un criterio comparativo podría ser también de respeto por los que tienen menos.

... aceptando unos límites

Tal como se ha comentado en los criterios educativos, hay que poner límites al consumo. No todo es posible: cada familia tiene una capacidad adquisitiva y tendría que existir una voluntad de austeridad y de solidaridad frente a la distribución injusta de la riqueza en nuestra sociedad.

... al servicio de unos valores evangélicos

No se puede renunciar al *valor de compartir*, que es claramente evangélico, desde una perspectiva cristiana. Para ello, los comportamientos en el seno del hogar, entre todos los

miembros de la familia, son fundamentales.

... con conciencia de la responsabilidad sobre los bienes que poseemos

Es importante crear conciencia de la responsabilidad de los gastos. Ser críticos ante el consumo, incluso después de haber comprado, para reconocer, en su caso, que se ha hecho una mala compra. También de los errores se aprende.

Cuidar el entorno familiar y las buenas alternativas

... un espacio para elaborar y dialogar decisiones

Se trata de fomentar un cierto sentido común administrador. Por ello entendemos un espacio en la relación familiar en el que se puedan verbalizar las actitudes de consumo familiar y en donde los hijos puedan elaborar los motivos de sus respuestas o decisiones. Asimismo, en relación con los espacios televisivos como grandes difusores de necesidades para el consumo entre pequeños y mayores, parece conveniente entrar en diálogo con los hijos, tal vez mirando juntos algunos programas y presentar, activamente si es necesario, una línea de valores.

... aprovechar los lugares y actividades donde no exista la presión social para consumir

El contacto con la naturaleza en las salidas a la montaña o la participación en campamentos o colonias posibilita la experiencia de situaciones diferentes, alternativas, donde es posible vivir de manera más sencilla, con menos necesidades... Esto puede ser de gran ayuda para relativizar después muchas de las necesidades que aparecen en la vida cotidiana de la ciudad.

El consumo doméstico

... la elección y la distribución de los gastos

Sería aconsejable revisar periódicamente cómo y en qué se gasta el dinero en casa. A menudo se descubre que lo que se niega a los hijos no tiene un mismo tratamiento cuando se trata de aficiones de los padres. La participación y comunicación de este estilo es útil para la formación de los hijos y ayuda a los padres a la autocrítica.

... la administración del presupuesto familiar

Una actitud educativa positiva sería la de enseñar y trabajar con los hijos la distribución del dinero y cómo se realiza la administración del presupuesto familiar, en la línea del estilo que hemos comentado antes. Lo que está claro es que la educación para el consumo exige dedicación y mantener una línea coherente a lo largo del tiempo.

La dimensión social del consumo

... el factor de solidaridad con los que tienen menos capacidad adquisitiva

También en el tema del consumo sería bueno tener una visión amplia del mundo. Existen niños que tienen otras necesidades (en el tercero y cuarto mundo). Conviene tener presentes

las carencias de los países pobres y distantes de nuestra realidad, para reforzar la solidaridad con los que padecen de forma más cruda la injusticia estructural en el ámbito universal... En este aspecto, se podría entablar también un diálogo familiar sobre cuál es nuestra aportación del presupuesto familiar en concepto de solidaridad, ayuda a la Iglesia, colaboración con el tercer y cuarto mundo, etc.

5. CUESTIONARIO

— ¿Cuáles son algunos de los factores que explican que nuestra sociedad sea típicamente consumista?

— ¿Creéis que existe un consumo positivo? Pensad algunas situaciones cotidianas que podrían serlo.

— Pensad ahora en factores concretos que nos afectan ,a nosotros y a nuestros hijos, de cara a un consumo excesivo o más allá de lo realmente necesario.

— ¿Es posible encontrar momentos en casa para hablar con los hijos sobre los hábitos del consumo?

— El estilo crítico que con frecuencia tenemos que adoptar ¿puede ser asumido por nuestros hijos?

— ¿Qué pensamos de nuestros hábitos consumidores? ¿Estamos satisfechos de ellos? ¿Pueden mejorar? ¿De qué manera?

— ¿Creemos en los valores alternativos que pueden dar sentido al consumo (placer de estrenar y conservar, austeridad, solidaridad, compartir)?¿Existe un diálogo en casa sobre los gastos y el presupuesto familiar?

— Pensad ejemplos concretos de objetos o gastos necesarios, convenientes y superfluos, nuestros y de los hijos.

— Resumiendo, ¿qué rasgos podría tener un consumo positivo en la familia?

2. LOS PADRES Y... LOS CELOS DE LOS HIJOS

1. SITUACIONES DE VIDA

“... hace unos días que ha vuelto a hacerse pipí en la cama y quiere tomar el biberón y comer papillas.”

“... habla como un niño pequeño y no para de hacer bobadas para llamar la atención.”

“... ¡está tan enmadrada! Si no es su madre la que le da de comer, no come, y aún así, no tiene mucha hambre.”

“... ¡Tan alegre que era! Últimamente está como triste y ha perdido la ilusión por los juegos y por los juguetes.”

“... en la escuela no participa como antes y parece que pega a los niños, especialmente si son más pequeños.”

“... siempre dice que a ella no la queremos y que sólo hacemos caso a su hermano.”

“... no puedes dejarlos solos, porque a la mínima ya se han enganchado y se están pegando.”

“... se despierta por la noche y tiene pesadillas, le da miedo quedarse solo y la oscuridad...”

“... se queja todo el día de que queremos más al otro que a ella, no sé cómo puede decir esto si todo lo que hacemos por uno lo hacemos por el otro, si compramos un regalo para él, compramos otro para ella...”

“... siempre quiere hacer lo que hace la hermana mayor, quiere ir con sus amigas, utilizar sus juguetes; y cuando le dices que no, se enfada y empieza a recitar todos los privilegios y ventajas que, según ella, tiene su hermana...”

“... ¿celos? En absoluto; al contrario, se la quiere con locura, siempre estaría a su lado, la quiere bañar, darle el biberón... si le dejases le haría de mamá.”

“... siempre me las cargo yo. A Juan (el hermano más pequeño) nunca le decís nada.”

“... yo no pinto nada en esta casa. Con mis hermanos ya os basta.”

2. DE QUÉ HABLAMOS

“Los celos –como dice el Dr. Víctor Hernández en el libro ¿Qué son los celos?– son un conjunto de sentimientos relacionados con una situación de rivalidad en la cual la persona siente amenazada la posesión de alguna cosa psicológicamente esencial para conservar la confianza y la seguridad en sí misma; de manera especial, el amor de los padres, de la pareja o de los hijos, o sea, de las personas afectivamente más cercanas.”

Los celos son en sí un estado afectivo normal que todos, pequeños y mayores, hemos experimentado en algún momento de nuestra vida. Y aunque sean motivo de sufrimiento, si no son excesivos y pueden elaborarse mentalmente, también pueden ayudar a desarrollar y enriquecer la personalidad.

Suelen manifestarse en forma de hostilidad, tristeza, decaimiento, sentimientos de humillación, aislamiento, actitudes reivindicativas, comportamientos regresivos, demanda exagerada de cosas materiales, etc.

Hay que diferenciar entre *celos* y *envidia*, sentimientos que pueden confundirse fácilmente, ya que en ambos se produce básicamente el mismo conflicto, el deseo de poseer alguna

cosa.

Los celos

En el caso de los *celos*, se está celoso de lo que se posee y del rival que amenaza esta posesión. Suelen estar relacionados con el amor y el miedo a perder este amor (ej.: mi hermano me quitará el amor de mis padres). Como hemos dicho, predominan los sentimientos de tristeza, aislamiento, humillación.

La envidia

En la *envidia*, en cambio, se desea aquello que no se posee y se envidia al otro precisamente porque lo tiene. El objeto deseado suele estar relacionado con bienes y cosas materiales y puede llegarse a situaciones en las que se prefiere destruir lo que se envidia antes que contemplar cómo lo disfruta otro. Los sentimientos que se asocian a la envidia son, como en los celos, tristeza, humillación con una preponderancia considerable del odio, sentimiento que la hace, de algún modo, más destructiva.

3.SITUACIONES QUE FAVORECEN LA APARICIÓN DE LOS CELOS

Los celos se manifiestan en diferentes periodos de la vida de cualquier niño, especialmente en aquellas situaciones en que puede vivir los acontecimientos como una pérdida parcial del amor de los padres o que lo hacen sentirse menos seguro de sí mismo.

Algunas de estas situaciones pueden ser:

El nacimiento de un hermano

La llegada de un hermano supone una serie de cambios en la vida de la familia. El recién nacido necesita atenciones y mucha dedicación por parte de los padres, especialmente de la madre. Este hecho que, como adultos vemos tan lógico y natural, no se vive de la misma forma por parte de los niños que sienten que la nueva situación amenaza la seguridad que tenían hasta entonces y pone en peligro el amor de los padres (“puede que ahora, como ya tienen otro niño, ya no me quieran a mi”). Así pues, el hermano pequeño despierta sentimientos contradictorios en el niño: por un lado lo espera con más o menos ilusión y quiere quererlo, y por otra lo vive como un rival que puede usurparle el afecto de sus padres y los privilegios que tenía hasta el momento.

La entrada en la escuela

El inicio de la escolaridad es también para el niño un momento que puede resultar conflictivo. Por un lado, vive la ilusión que representa ser mayor y aprender; por otro, tiene que enfrentarse a una situación nueva y desconocida y tiene que dejar, en parte, la seguridad y la protección de su hogar. Esta situación puede complicarse si coincide con el nacimiento de un hermano, ya que al niño no le gusta nada que el pequeño se quede en casa disfrutando de la compañía de la madre.

En ocasiones, los celos pueden trasladarse a la situación escolar, donde rivaliza con los compañeros por el cariño de la maestra.

La ausencia prolongada de los padres

A veces, se dan situaciones en las que, por diferentes motivos –la hospitalización de un hijo o de un familiar, un viaje largo...– los padres se ausentan durante un tiempo. Ello comporta cambios en los hábitos de cada día que, si no han podido hablarse y trabajarse con los hijos, pueden generar sentimientos de inseguridad y de pérdida.

El exceso de avisos y de control de los padres sobre un hijo

En determinadas etapas del desarrollo se puede crear más presión sobre un hijo que sobre los demás. La adolescencia suele ser una época propicia a este tipo de situaciones, especialmente cuando hay hermanos más pequeños que están en un momento más tranquilo en relación con los padres.

4. CÓMO AFECTA LA CUESTIÓN A LOS PADRES

La forma en que los padres se sientan afectados por los celos de los hijos depende, en gran parte, de su madurez personal y de cómo ellos han podido, o no, elaborar sus vivencias y experiencias de celos. Los celos de los hijos, a veces, pueden despertar fuertes sentimientos de malestar y de inquietud dado que remiten a los padres a situaciones vividas por ellos mismos y que no han sido elaboradas; en este caso, se les hace muy difícil poder tolerarlos. Otras veces, la situación es diferente y, aunque se remueven sentimientos, los padres pueden entender lo que está sucediendo y ayudar a sus hijos.

Las actitudes que pueden darse son las siguientes:

Aceptar los celos, con serenidad y comprensión, como un hecho natural en determinadas situaciones, y ayudar a los hijos a que ellos los comprendan y acepten. Si los hijos se sienten aceptados tal como son (con celos y todo), no tendrán miedo a expresar sus sentimientos y deseos, tanto si son positivos como si no (ganans de pegar, rabia, enfado...). La expresión de estos sentimientos brindará a los padres la posibilidad de hablar de ellos y será el primer paso para poder ir superando los celos. Para que esto pueda suceder es necesario, sin embargo, que previamente los padres hayan podido aceptar y superar las propias experiencias de celos.

Negar los celos, como una forma de protegerse del sufrimiento que comportan. En este caso, los padres tienden a exigir a los hijos que no sean celosos y no les ayudan a asumir sus sentimientos (“eres malo, los niños buenos no dicen estas cosas” “¿qué es esto de pegar? los hermanos no tienen que pelearse”). Ello puede llevar al niño a ocultar sus sentimientos y es posible, entonces, que los celos se manifiesten a través de síntomas de tipo físico -malestar, dificultades para dormir, poca hambre...- en torno a los cuales empezarán a girar las preocupaciones de los padres, sin que se llegue a abordar el problema de fondo.

Incrementar y perpetuar los celos, con actitudes agresivas y hostiles ante el niño celoso que provoca constantemente, riñéndolo, poniéndolo en evidencia delante de la familia o los amigos, comparándolo, echándole siempre las culpas... Estas actitudes irán deteriorando su autoestima y la confianza en sí mismo y fomentarán los celos.

5. POSIBLES RESPUESTAS DE LOS PADRES

Cuando nos encontramos con manifestaciones de conflictos por celos de los hijos es importante que los padres busquen momentos de diálogo y reflexión para poder analizar conjuntamente lo que está pasando y cuál ha de ser su respuesta o actitud ante esta situación. Hay que tener en cuenta que cada familia ha de encontrar su manera y su respuesta de acuerdo con su realidad y la forma de ser de cada niño.

a) Sin embargo, hay una serie de *actitudes que deberían evitarse*, porque no cabe duda de que no ayudarán al hijo a comprender y elaborar sus sentimientos de celos:

— Negar la existencia de los celos.

— Establecer privilegios entre los hermanos.

— Hacer comparaciones o comentarios destacando “qué bien hace las cosas” “uno de ellos” o “qué mal las hace” el otro. Si los padres reprochan constantemente al niño su manera de ser, si no valoran sus cualidades y valores y sólo tienen ojos para sus defectos, fallos u omisiones, estarán formando a un niño débil, inseguro, con una imagen pobre de sí mismo y con muchas dificultades para ir construyendo su identidad.

— Evitar por sistema las peleas entre hermanos, puesto que, siempre que no se llegue a una agresión desmesurada o a la violencia física, es positivo que ellos aprendan a solucionar sus propios conflictos. A menudo, el hecho de evitar las discusiones y peleas tiene más que ver con las dificultades de los padres para tolerarlas que con la gravedad de la situación en sí.

— Dar siempre la culpa “al mismo” cuando se producen peleas entre los hermanos.

— Colocarlos en situaciones imprevistas y ante hechos consumados que les impliquen emocionalmente, sin haberles informado previamente (el inicio de la escuela, la hospitalización de algún miembro de la familia o del propio niño, el cambio de habitación, la visita al médico...).

— Responsabilizar a un hijo de la mala conducta del otro y/o exigirle al mayor que se ocupe habitualmente del pequeño.

— Tener como padres o como pareja una actitud desconfiada y celosa.

b) por otro lado, hay otras *actitudes que reconfortarán al hijo* y le serán de gran ayuda:

— Aceptar los celos.

— Dedicar tiempo a hablar con los hijos y a escucharlos, procurando comprender sus sentimientos y así poder ayudarlos con serenidad, madurez y afecto. Hay que hacer un esfuerzo por encontrar estos espacios, que el ritmo de vida actual no facilita.

— Tratar de manera diferenciada a cada hijo. Ayudarlos a descubrir y desarrollar sus posibilidades e intereses. Atender a las necesidades propias de

cada uno, sin establecer privilegios.

— Ayudar al niño a sentirse bien consigo mismo. Si se siente valorado y convencido de su valor, se sentirá menos amenazado por los privilegios de otros y, por lo tanto, menos celoso.

— No alarmarse excesivamente ante los signos de regresión, ni centrar demasiado la atención en ellos, ya que, al hacerlo, sólo se consigue reforzarlos. No hay que olvidar que todo proceso de crecimiento implica avances y retrocesos.

— Informar y dar explicaciones a los hijos sobre aquellos hechos que pueden generar cambios importantes en su vida y, siempre que sea posible, darles tiempo para que puedan hacerse a la idea, en la medida de sus posibilidades.

— Favorecer un ambiente familiar tranquilo, en el que las personas importen más que las cosas y se valoren y respeten unas a otras.

— Reflexionar sobre las propias conductas con respecto a los hijos y abordar de forma madura los sentimientos que despiertan cada uno de ellos.

— Si vemos que los celos provocan un sufrimiento excesivo en el hijo, tal vez será conveniente buscar la ayuda de un especialista, que, en este caso, sería el psicólogo.

6. CUESTIONARIO

— Los celos entre hermanos son un estado afectivo natural que, de uno u otro modo, se da en todos los niños. ¿Cómo pensamos que se manifiestan en nuestros hijos?

— ¿Recordamos alguna ocasión en la que los celos de nuestros hijos nos preocuparon? ¿Qué sucedió? ¿Cómo reaccionamos?

— Procurar tratar a todos los hijos de la misma forma (todo lo que hacemos o damos a uno, lo hacemos o damos también al otro...), ¿creemos que ayuda a evitar los celos o más bien los favorece? ¿Por qué?

— ¿Constatar que nuestros hijos son celosos nos hace sentir que no actuamos bien como padres? ¿Qué sentimientos nos suscita?

— ¿Buscamos momentos para plantearnos nuestras actitudes y nuestra respuesta ante los conflictos de celos de nuestros hijos?

3. CÓMO EDUCAMOS LA FE DE NUESTROS HIJOS

1. SITUACIONES DE VIDA

"He apuntado al niño a la catequesis, ahora ya va a segundo... además, ¿no le hará ningún daño!... Nosotros, a veces vamos a misa."

"Nosotros no bautizamos a la niña porque no creemos, pero ahora nos lo ha pedido porque muchos niños de su clase están bautizados y me parece que la bautizaremos por Pascua."

"Mi hijo se ha emperrado en montar el belén en Navidad, pero nosotros no creemos y no sé que tenemos que hacer."

"¿A qué curso va tu hija? Está acabando cuarto, ¿no? ¿Ya debe haber hecho la primera comunión?"

"Estoy preocupada: nosotros somos creyentes, querría apuntar los niños a catequesis, pero no lo veo claro. En la catequesis de la parroquia hay más abuelas que madres, no sé qué hacer, ni a dónde ir."

"Los niños van a catequesis, pero no les gusta, dicen que no entienden lo que les explican de Jesús."

"A veces, mi hija te hace una preguntas sobre Dios, que no sabes qué contestarle: ¿Te quedas tan cortado!"

"Nosotros formamos parte de una comunidad de la parroquia. ¡Estamos muy contentos! Como somos un grupo muy unido, los niños también van contentos a la catequesis. Tenemos un lugar donde compartir y expresar la fe."

2. DE QUÉ HABLAMOS

A menudo, la fe y la educación de la fe son temas que preocupan a los padres que, de uno u otro modo, se consideran creyentes o preocupados por el hecho religioso. Para cada persona, la fe es fruto de una herencia, de una transmisión, de una educación, de una doctrina, de una experiencia, de un maestro, de una vivencia, de una comunidad, de una oración, de un ritual. En la trayectoria de cada persona pueden estar presentes algunos de estos elementos u otros. Por ello, la fe y la educación de la fe se pueden abordar desde diferentes puntos de vista y de partida, porque va más allá de una cuestión de concepto.

Cuando hablamos de este tema con otros padres, constatamos que existen realidades muy diversas: niños que van a catequesis y niños que no, niños que van a escuelas religiosas y niños que no, familias que van a misa el domingo y familias que no, que van a la parroquia o a otros sitios, familias que están en una comunidad y otras que pertenecen a algún grupo, movimiento o a ninguno... Pero todos tenemos en común la voluntad y la preocupación por el mensaje de Jesús., las ganas de ser receptores del mensaje de Cristo y el convencimiento de que la vida de los cristianos está enmarcada por Jesús, por la confianza en Dios-Padre.

Por lo tanto, la primera cuestión que creemos que debemos plantearnos como padre o madre es preguntarnos *¿qué lugar ocupa la fe en mi vida?* Es importante partir de la respuesta que cada uno da desde su realidad concreta.

Y, tal vez la segunda pregunta sería *¿Hacia dónde camino o querría caminar con mi fe?*

No obstante, estas preguntas no puede afrontarlas cada uno por su cuenta. Conviene que la pareja hable de ellas, que se vayan compartiendo porque, igual que cada persona, cada

pareja ha de ir elaborando sus propias respuestas. Cada pareja ha de ir respondiendo a la pregunta: ¿Qué lugar ocupa la fe en nuestra vida?

En un segundo momento, tal vez iría bien hablar con la pareja sobre qué queremos decir cuando hablamos de educar la fe de nuestros hijos y ver qué y cómo nos planteamos esta educación. Las posibilidades y los recursos que cada uno tiene son diversos, como diversas son las ofertas de la propia comunidad eclesial.

Lo que pretendemos, pues, con este texto, no es tanto hacer una reflexión sobre la fe, sino ayudar a situar qué papel desempeña la fe en nuestras vidas y en la de nuestros hijos, qué espacio le dedicamos y cómo podemos realizar esta transmisión.

3. CÓMO AFECTA LA CUESTIÓN A LOS PADRES

a) El contexto social e ideológico ha cambiado y está cambiando y, en consecuencia, también el contexto eclesial. Estos cambios nos obligan a replantearnos las formas de transmisión y de expresión de la fe.

- Se dice que vamos hacia una sociedad cuya especificidad y normalidad estará en el cambio continuo, en el vivir el momento, el presente.
- Se dice que las relaciones sociales están dejando de basarse en una estructura más o menos jerárquica, para pasar a ser, cada vez más, interdependientes, intercomunicadas e interrelacionadas.
- Se dice que las relaciones entre las personas y las instituciones son, pues, más plurales y segmentadas, en ausencia de un sistema ideológico, cultural o religioso que homogeneice y organice a la sociedad y a la iglesia.

En definitiva, que vivimos en una sociedad en la que no sabemos mucho hacia dónde vamos, pero sí que sabemos que vamos deprisa y con prisas, en la que no hay espacio para la reflexión y para la maduración. Y es muy importante que nos planteemos cómo trabajar la calidad humana de las personas en esta nueva realidad.

En este contexto, los padres cristianos tenemos que ayudar a crecer la fe de nuestros hijos e hijas. Una fe que deseamos transmitir, pero que vemos que no podemos hacerlo de la misma manera como la recibimos. Constatamos un cambio importante en el entorno, en virtud del cual nuestra posición, respecto a la de nuestros padres, es más difícil. Nos exige una respuesta más personal y más pensada individualmente por que ni existe la presión social, ni el contexto implícito y explícito que llevaba a tener unas actitudes y unos hábitos religiosos de manera más automática, porque eran también fruto del comportamiento social. No podemos decir (o esperar) que “la Iglesia nos lo resuelva”. Nosotros somos la Iglesia. Y esto significa que nosotros también tenemos que poner en juego nuestra colaboración, nuestra creatividad, nuestra iniciativa para posibilitar la experiencia religiosa de nuestros niños y jóvenes, adultos del siglo XXI.

b) La experiencia de relación con Dios también cambia. Dios no es alguien que nos soluciona los problemas, que dice lo que tenemos que hacer y cómo, sino que su presencia, su acompañamiento está en nosotros desde el silencio, desde la capacidad, por nuestra parte, de captar su presencia en toda la Realidad. Esto exige pocas palabras. Exige

creatividad e iniciativa. Exige crear espacio para el silencio, para la oración, para la experiencia comunitaria y para la expresión litúrgica. Este camino nos lleva a ser personas con capacidad para dar respuesta a los retos que la vida presenta a cada uno. Una respuesta solidaria, comprometida y responsable con la humanidad, con aquellas personas más cercanas y no tan cercanas.

4. QUÉ QUIERE DECIR EDUCAR LA FE

Educar no es fácil y cuando nos planteamos educar en la fe, el asunto todavía se complica más. Pero también depende de la perspectiva que adoptemos.

Cuando los padres queremos educar a nuestros hijos en el seguimiento de Jesús, quizás tengamos una cierta ventaja porque partimos de una orientación de fondo que nos permite hacer un planteamiento educativo sobre qué queremos transmitir a nuestros hijos. Pero los padres sabemos por experiencia que, a menudo, aquello que hacemos y vivimos es más referencia para nuestros hijos que aquello que les decimos y, por lo tanto, es importante mirar cómo vivimos: aquí tiene un gran peso la coherencia. En definitiva, educamos por lo que somos, no por lo que decimos. Por ello, tenemos que procurar que se vaya poniendo de manifiesto nuestra orientación de fondo. Aunque a veces tengamos que reconocer que las situaciones en que nos hallamos parecen frágiles o contradictorias.

Esto también significa que todo lo que vive el niño en casa está impregnado de un estilo y de una manera de hacer, lo que incluye unos valores que favorecen el propio crecimiento personal, el respeto a los demás y la apertura a lo trascendente.

Es cierto que una cosa es una declaración de principios y otra cómo se va haciendo todo esto en el día a día. No podemos caer en la tentación de buscar recetas que funcionen de manera mágica. Las referencias y la experiencia tienen que estar dentro de cada uno, porque las referencias externas en el ámbito religioso son cada vez más escasas y, seguramente, menos susceptibles de generalización. Se está produciendo un cambio profundo y la iglesia de nuestros hijos, cuando sean adultos, será fruto de la iglesia que hayamos sido capaces de construir.

El gran reto que tenemos como padres es plantearnos seriamente qué queremos transmitir a nuestros hijos, qué es lo que consideramos irrenunciable para que lleguen a ser personas en el sentido pleno de la palabra, personas que sean portadoras de amor, del amor que Jesús nos enseñó.

Si decimos que queremos educar en el *seguimiento de Jesús*,—seguimiento personal y creativo y no una simple imitación o repetición de la vida de Jesús—, significa que, por un lado, nuestra vida como padres también quiere estar orientada y ser vivida desde esta perspectiva y que quiere responder a una voluntad de transformación humanizadora de nuestra realidad concreta y cercana. Significa que nosotros, *los padres, somos un referente cristiano para nuestros hijos*.

5. POSIBLES RESPUESTAS DE LOS PADRES

Como padres con voluntad de hacer camino siguiendo a Jesús, tendríamos que empezar a

plantearnos:

- cómo humanizamos la realidad de cada día,
- cómo convertimos la tecnología, cada vez más presente, en herramienta al servicio de las personas.
- cómo utilizamos –y al servicio de quién– todas las posibilidades de tiempo y de recursos personales que tenemos a nuestra disposición.

Tenemos que ayudar a nuestros hijos a distinguir la ficción de la realidad y educarlos para que su percepción de la realidad no sea plana, como en la televisión y en los ordenadores. Enseñarles que la realidad es algo más que el presente inmediato y que, para llegar a alguna parte, se ha de hacer camino y el camino se hace caminando. Es necesario un proceso.

Los padres tenemos otro gran espacio en el que podemos educar y ayudar a crecer: Nos referimos a todo el ámbito de la creatividad, la gratuidad, la responsabilidad, la acogida, las relaciones personales, la sensibilidad, la corporalidad, el silencio, el respeto a uno mismo y a los demás...Tenemos la gran responsabilidad (que no podemos delegar simplemente en la escuela, en la catequesis, en el esplai, en el grupo, en la parroquia...) de que este conjunto de valores se viva a fondo en casa, con seriedad, con coherencia y con compromiso.

La experiencia religiosa permite ir experimentando un *crecimiento de vida interior*, es decir, permite colocar a nuestros hijos en situación de que cada uno:

- tome *conciencia de sí mismo*: poniéndolo en contacto con su cuerpo, con sus sentimientos, con su afectividad, con su agresividad, con su capacidad de acogida,
- tome *conciencia de su relación*:
 - *con los otros*: la solidaridad, la disponibilidad, saber escuchar, saber compartir...
 - *con Dios*: la oración, el silencio, estar abierto y atento a su presencia...
 - *con la naturaleza*: de manera que toda esta experiencia genere recursos y situaciones positivas de respuesta al entorno.

Este puede ser un gran legado que dejar a nuestros hijos. Más que grandes palabras y grandes sermones, lo que se ha vivido es una referencia que nos acompaña siempre, a mayores y pequeños. Es un camino que dura toda la vida y que, sin duda, nos humaniza.

Tendríamos que enseñarles a tener los ojos, los oídos, el olfato, la sensibilidad muy atentos y abiertos. Dios nos habla a través de las cosas, a través de los demás y a través de las situaciones de cada día. Este aprender a estar atentos y abiertos puede ayudar a ir avanzando en el conocimiento de las necesidades y de la realidad de los demás y en el conocimiento de las expectativas y deseos propios, y a fortalecer nuestra relación con Dios.

Aprovechar cualquier relación cotidiana para ver qué nos aporta, que mensaje lleva oculto, qué tiene de positivo o negativo, es un aprendizaje de acercamiento al camino de Dios, tal como Jesús nos enseñó.

6. CÓMO PODEMOS AYUDAR

La fe es un don. No podemos tener garantías de que nuestros hijos tendrán fe, ni forzarlos a tenerla. Lo que sí podemos hacer es favorecer un entorno que sea propicio para que puedan recibir este don y educar en ellos la sensibilidad para que lo puedan acoger. Existen una serie de aspectos que favorecen la apertura a lo trascendente. Es difícil vivir la experiencia de un Dios amoroso para quien no ha vivido en su vida personal este amor. Es difícil abrirse a la vida del Espíritu si uno vive sólo en un contexto materialista o racionalista: una persona no dará importancia al sentido que tienen las cosas que hace, si no la han educado en la capacidad de reflexión y de interiorización. Es difícil sentirse atraído por los valores del Evangelio si uno no vive en un contexto que los haga naturales para la persona, etc. Por ello, todo lo que se haga para asegurar estos elementos previos facilitará que la semilla de la fe crezca y se desarrolle.

La vida familiar está llena de momentos significativos que pueden estimular y hacer presente la experiencia cristiana. Situaciones que nos permiten trabajar:

- la confianza en Dios y en los otros.
- la honestidad
- la verdad
- el perdón
- no hacer trampas
- ponerse en el lugar del otro.

Aprender a dar gracias por lo que hemos recibido y por lo que recibimos cada día. Aprender a pensar en los demás

- porque están enfermos
- porque han recibido una buena noticia
- porque les ha pasado algo
- en la gente que está cerca y en la que está lejos.

Un paso más es encontrar momentos de oración personal o en familia, momentos de bendecir la mesa. El hecho de ir a misa, participar en las celebraciones de la comunidad, seguir los ciclos litúrgicos con todo su simbolismo, especialmente Navidad y Pascua, nos ayuda a encontrar el sentido de celebrar y compartir. Tenemos que encontrar espacios eclesiales a la medida de los niños, donde se sientan a gusto.

Sí que podemos compartir *la formación religiosa* de la catequesis o de la escuela. Pero no podemos pretender que nadie nos sustituya en lo que se refiere a *la experiencia religiosa y la expresión litúrgica*. Nuestros hijos han de ver en nosotros signos de esta voluntad de seguimiento de Jesús, de esta voluntad de formar comunidad, han de vernos rezar, han de vernos participar en las celebraciones, han de vernos comprometidos.

Por otro lado, los niños, a medida que crecen, van exigiendo más respuestas y más explicaciones que , a menudo, nos resultan difíciles. El diálogo con otros padres, la asistencia a charlas y la lectura de algún libro, además del propio camino de fe, nos puede ayudar a encontrar las respuestas adecuadas para nuestro hijo.

7. CUESTIONARIO

— ¿Qué lugar ocupa la fe en nuestra vida?

— Intentamos vivir la experiencia religiosa unida a nuestra vida o la vivimos como una cosa desvinculada de la misma?

— Si creemos que el camino de Jesús es un camino que nos lleva al amor ¿cómo vamos trabajándolo cada día?

— ¿Qué es la Iglesia para nosotros?

— La actitud que tenemos con cada miembro de la familia y con las demás personas de nuestro entorno próximo o no tan próximo ¿es de respeto, de acogida, de escucha, de intentar dar respuesta a sus necesidades y demandas?

— ¿Cómo nos planteamos la vida comunitaria y el compromiso con los demás?

— En el caso de que uno de los integrantes de la pareja no sea creyente ¿cómo decidimos todo lo que hace referencia a la educación religiosa y a la educación de la fe?

— ¿Cómo nos implicamos como padre y madre en la educación y en la transmisión de la fe?

— ¿Cuáles son los aspectos de fe que compartimos con nuestros hijos? ¿Creemos que vale la pena compartir la fe con nuestros hijos? ¿Cómo lo hacemos? ¿Rezamos con ellos? ¿Vamos a misa juntos? ¿Qué les decimos sobre la obligación de ir a misa? ¿Nos han visto rezar en casa?

— Como padres creyentes ¿dónde ponemos el acento: en las celebraciones, en las misas, en la oración, en saber cosas de Jesús...?

— ¿Por qué llevamos a nuestro hijo/a a catequesis, o a una escuela religiosa, o a la parroquia?

— ¿Cuándo y cómo nos planteamos que haga la comunión?

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es; www.fespinal.com